

LA JUSTICIA EN LA PANTALLA

UN REFLEJO DE JUECES Y TRIBUNALES EN CINE Y TV

Luis Pásara

Editor

Capítulo 14



Manuel Alcántara / Michael Asimow / Ramiro Ávila / Javier de Belaunde
Lucía Dammert / Eduardo Dargent / Carles Feixa / Linn Hambergren
Manuel Iturralde Sánchez / Baldo Kresalja / Sebastián Linares
Santiago Mariani / Maria-Jose Masanet / Enrique San Miguel
José Sánchez-García / Martín Tanaka / Catalina Wainerman

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

791.43655 J La justicia en la pantalla: un reflejo de jueces y tribunales en cine y TV / Manuel Alcántara, Michael Asimow, Ramiro Ávila ... [et al.]; Luis Pásara, editor.-- 1a ed.-- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
320 p. ; 21 cm.

Incluye bibliografías.

D.L. 2019-05158

ISBN 978-612-317-472-9

1. Películas cinematográficas - Crítica e interpretación 2. Películas cinematográficas - Aspectos sociales 3. Derecho en el cine 4. Justicia, Administración de - En el cine I. Alcántara, Manuel II. Asimow, Michael, 1939- III. Ávila Santamaría, Ramiro IV. Pásara, Luis, 1944-, editor V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2019-051

La justicia en la pantalla

Un reflejo de jueces y tribunales en cine y TV

Luis Pásara, editor

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo y cuidado de la edición:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2019

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-05158

ISBN: 978-612-317-472-9

Registro del Proyecto Editorial: 31501361900436

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LAS MODERNIDADES, LA PSICOPOLÍTICA
Y EL SISTEMA PENAL.
UNA MIRADA DESDE *BLACK MIRROR*

Ramiro Ávila Santamaría

El mundo de las tecnologías digitales ha copado nuestras rutinas y aún no somos conscientes de sus efectos. Podemos percibir algunos destellos por los escándalos del tipo Facebook, los datos personales y su influencia en los procesos electorales¹, o los *hackeos* a escala global, algunos de ellos publicados por *WikiLeaks*, que demuestran el nivel de opacidad de nuestras democracias que torturan, trafican con armas, organizan guerras y aún más, a nombre de nuestras libertades, con nuestros votos e impuestos. En el ámbito individual, para nadie es ajeno cómo en las calles, lugares de comida, mesas familiares, aulas de clases, transportes públicos, las personas están completamente conectadas y dependientes de un aparatito que conocemos como *smartphone*. Estamos conectados con millones de personas por las redes sociales y, al mismo tiempo, paradójicamente, desconectados de las personas que están cerca.

¹ Facebook sabía desde 2015 que la empresa británica Cambridge Analytica, que hacía «minería de datos» y participó en la campaña electoral de Donald Trump, obtuvo datos personales de 50 millones de usuarios de la red social y vendió información a agentes rusos para influir en la elección presidencial (Wong & Siddiqui, 2018).

En un intento de comprender este fenómeno complejo de la tecnología digital en nuestra vida cotidiana y en la política, elijo centrarme en el sistema penal, que he escogido porque me parece que a través de él se administra la violencia del Estado y se provocan las peores violaciones cotidianas de derechos. Sin duda, es un gran termómetro de la vida colectiva y de la calidad de nuestras democracias.

Comenzaré describiendo el contexto en el que estamos. Para ello recurriré a tres autores contemporáneos que nos pueden ayudar a su comprensión: Zygmunt Bauman, con su teoría de la modernidad líquida; Byung-Chul Han, con su concepción de la psicopolítica; y Enrique Dussel, con la teoría de la transmodernidad. Con este marco teórico apreciaremos los potenciales usos de la tecnología en el sistema penal en cuatro de sus componentes: el delito, el proceso, la pena y el control social. Y nada mejor para avivar nuestra imaginación y nuestra conciencia que la antología televisiva de ciencia ficción *Black Mirror*. Esta serie fue creada por Charlie Brooker en 2011 y, como todo ejercicio de ficción, nos advierte, nos anticipa, nos devela situaciones y circunstancias específicas que hacen posibles y reales las fantasías (Jameson, 2007, p. 11). Para evitar los efectos indeseados que nos sugiere la serie, y apoyados en Dussel (2015), sugeriremos la necesidad de mirar la tecnología como una herramienta para liberar —en lugar de empobrecer— las condiciones de vida.

DE LO SÓLIDO A LO LÍQUIDO

Filósofos y científicos sociales perciben algunos cambios importantes en nuestro mundo contemporáneo. ¿Posmodernidad, transmodernidad, modernidad tardía, modernidad líquida...? El nombre realmente no importa tanto como entender lo que estamos viviendo. Bauman llamó a este momento «modernidad líquida», que caracterizó como

la desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agencias de acción colectiva, la nueva levedad y fluidez de un poder cada vez más móvil, escurridizo, cambiante, evasivo y fugitivo,

como resultado de la nueva técnica del poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huida. Para que el poder fluya, el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras fortificadas y controles. Y el derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanas permiten a esos poderes actuar (2015, p. 19).

En la metáfora de Bauman, salimos de una etapa sólida y estamos entrando a una líquida. El simbolismo del cambio de modernidad se puede representar con dos figuras: Nelson Rockefeller (1839-1937) y Steve Jobs (1955-2011). Dos exitosos empresarios, notoriamente millonarios. La riqueza del primero se reflejó en grandes edificios y en gigantescas máquinas. El Rockefeller Center, la locomotora, el hierro, son símbolos de su poderío. La riqueza de Jobs, en cambio, se reflejó en un pequeño aparato, que cada año lo tiraba, simplificaba en su forma y lo reemplazaba. El *iPhone*, el *iPad*, el *iPod*, delicados, movibles, tan pequeños que caben en un bolsillo, casi invisibles. Rockefeller representa la modernidad sólida y Jobs la modernidad líquida.

«Solidez» y «liquidez» son metáforas. La solidez refleja la tradición, el estancamiento, la lentitud, la pesadez, la permanencia. En el trabajo, la fábrica es paradigmática: un lugar en el que todo está organizado y donde las personas esperan trabajar toda su vida porque tienen un contrato indefinido. Los trabajadores conocen a su jefe y saben ante quién quejarse y hasta hacer la huelga. El tiempo coincide con el espacio. Hay que conquistar los espacios y hay que permanecer en el tiempo. La hora del comienzo y la del fin del trabajo están determinadas. En el derecho, las normas jurídicas tienen que estar escritas, ser claras, ser generales y abstractas, regulan todas las situaciones imaginables. A eso se le llama seguridad jurídica. Estas reglas están destinadas a durar en el tiempo y modificarlas es difícil e inconveniente. En la época de la solidez, en el ámbito privado, el matrimonio es para toda la vida (a esto Bauman lo llamó «el amor sólido»). Las identidades también son rígidas: hombre o mujer. Este tiempo ha pasado o está pasando.

La modernidad líquida, en cambio, es como el agua: fluye, cambia, se filtra, está en movimiento constante, se adapta a cualquier molde y mantiene una forma solo si hay presión. En el trabajo, no hay patrón ni lugar donde timbrar. Cualquier lugar es oficina si hay computadora y cada persona es su propio patrón. Hay flexibilidad laboral y los contratos son temporales. El tiempo se separa del espacio. No hace falta ya conquistar el espacio; ahora hay que ganar tiempo. En derecho, se requieren normas abiertas y de textura flexible, como los principios, capaces de adaptarse a situaciones inimaginables para quienes las aprobaron. Las normas, entonces, se adaptan a las personas y a situaciones concretas; incluso a veces son de aplicación única e irrepetible. La seguridad jurídica pasa de la norma a la situación de personas en contextos concretos. Las relaciones sociales afectivas son casuales, fugaces, sin compromiso («amor líquido»). El matrimonio parece tener menos sentido y los divorcios se multiplican. Las identidades, como todo, fluye: los hombres pueden ser mujeres, bisexuales, transexuales, homosexuales, heterosexuales y algunas decenas más de posibilidades, o simplemente como propone la teoría *queer*, las preferencias sexuales no son encasillables.

Pongo otro ejemplo. Mientras escribo, en América Latina y Europa hay una tensión en los servicios de taxis que nos ayuda a comprender este salto de lo sólido a lo líquido. Los taxistas de la modernidad sólida dependen de un lugar base, se les distingue por los colores de sus autos, tienen estrictas regulaciones escritas para operar y ser miembros de empresas o cooperativas, y usan números convencionales de teléfono. Los de la modernidad líquida utilizan aplicaciones de internet, no están asociados ni conocen a otros proveedores de servicio, no son identificables (por eso los de la modernidad sólida no saben contra quién protestar), se mueven por toda la ciudad, no tienen horarios, sus reglas de funcionamiento son muy simples: cada taxista es su propio jefe, necesita solo un teléfono con sus aplicaciones y un auto cualquiera.

La modernidad líquida puede ser detectada en cualquier ámbito de la vida y lo propio sucede en el sistema penal.

DEL PANÓPTICO A LA PSICOPOLÍTICA

En el sistema penal un gran símbolo es el panóptico, que fue tan detallada y profundamente descrito por Foucault en su *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (de 1975). En este libro se analiza una de las teorías sociales más comentadas y aplicadas en nuestra modernidad, que se asoció al panóptico.

Jeremy Bentham, célebre filósofo utilitarista inglés, imaginó y diseñó el panóptico. La idea era crear una estructura de control en la que poca gente pueda vigilar a la mayor cantidad posible de personas. La ingeniosa idea consistía en que una persona, con pocos movimientos, pueda mirar mucho. La estructura arquitectónica estaba pensada de tal forma que desde un punto central se desplegaban varias alas. El vigilante podía apreciar más con solo dirigir la mirada hacia un ala o mover su cuerpo hacia otro. Pero lo más importante de este sistema de control era que las personas vigiladas no podían observar a su vigilante. El efecto era que una persona se sabía vista y por tanto se inhibía de romper las reglas por temor al castigo. Este sistema fue profundamente analizado por el célebre filósofo francés Michel Foucault, quien pasó gran parte de su vida estudiando los diseños, las normas y los comportamientos de instituciones donde se aplicaba la lógica del panóptico. Estas instituciones cerradas y sujetas a control total eran las fábricas, los orfanatos, los hospitales, los centros psiquiátricos y, el lugar por excelencia al que dedicó un estudio completo, la cárcel. Efectivamente varias cárceles en el siglo XIX adoptaron la estructura física diseñada por Bentham: Filadelfia, Isla de la Juventud en Cuba, Portugal, Edimburgo, Madrid, Buenos Aires, México, Manila, Sudáfrica, Melbourne, Bogotá, Quito, Lima.

En el panóptico se desarrolla la biopolítica, que es el control del cuerpo y su disciplinamiento. Alguien te observa y determina tu conducta. A ese alguien, gracias a la novela *1984*, de George Orwell, se le conoce ahora como el gran hermano (*big brother*). El gran hermano encierra tu cuerpo, lo conoce a través de la tortura y la intervención

quirúrgica contra su voluntad, le pone horarios, rutinas, le restringe la movilidad. El mecanismo es la represión, el uso de la fuerza visible, el policía, la porra, las esposas, las paredes de una cárcel. Lo que sucede en una cárcel también sucede fuera de ella. El gran hermano tiene cámaras de vigilancia y ahora drones, clasifica, hay barrios de pobres y residenciales amuralladas de ricos, nos censan, nos dan identidad con las cédulas o pasaportes, nos obligan a pagar impuestos y nuestro cuerpo se disciplina en las calles y en los espacios cerrados. El gran hermano, que es el Estado, el patrón, el jefe de policía, el ministro del Interior, el carcelero, tiene rostro, dicta normas, corrige, domestica y segrega. La violación del derecho a la libertad se limita a la restricción del movimiento.

En la modernidad líquida pasamos de la biopolítica a la psicopolítica. El panóptico es internet y las redes sociales. El control ya no es del cuerpo sino de la mente, del alma, de la psiquis. El controlador ya no es una persona sino es un programa, el *big data*. A diferencia del gran hermano, que encierra y tortura para sacar información, el *big data* saca la información abundante y espontáneamente. Nos desnudamos ante las redes de forma voluntaria. En lugar de represión, ahora se usa la seducción. No podemos ver el ejercicio del poder, que es inmaterial, permanente y estético. Aparece en cada aplicación con la que interactuamos y no lo percibimos. El *big data* está en cada serie de televisión que miramos, en cada aplicación que nos bajamos, en cada canción que escuchamos, en cada programa que ponemos cuando Facebook nos pregunta «¿Qué estás pensando?» o Twitter nos pregunta «¿Qué está pasando?», en algún algoritmo que sabe exactamente qué nos gusta, qué vamos a comprar, por quién vamos a votar y adónde nos vamos de vacaciones. No vemos el *big data*. La libertad se multiplica en millones de posibilidades, en *likes* o «me gusta», de opciones que nos dejan solos, vacíos, sin contexto ni historia. Byung-Chul Han llamó a esta forma de control «la psicopolítica neoliberal», que es «la técnica de dominación que estabiliza y reproduce el sistema dominante por medio de una programación y control psicológico» (2014, p. 117).

«SI LA CÁRCEL, EL CÓDIGO PENAL,
EL CÓDIGO DE PROCEDIMIENTO
PENAL Y LA POLICÍA SON
MANIFESTACIONES DE LA MODERNIDAD
SÓLIDA, ¿QUÉ FORMAS Y
MANIFESTACIONES TENDRÍAN EN
LA MODERNIDAD LÍQUIDA Y EN EL
MUNDO DE LA PSICOPOLÍTICA?».

Con estos elementos, uno podría predecir que el sistema penal, que es el mecanismo a través del cual opera el poder punitivo del Estado para ejercer control y reprimir, va a cambiar sustancialmente. Si la cárcel, el código penal que establece delitos y penas, el código de procedimiento penal que es el camino reglado para aplicar las sanciones, y la policía que hace control social, son manifestaciones de la modernidad sólida, ¿qué formas y manifestaciones tendrían en la modernidad líquida y en el mundo de la psicopolítica? A responder ayuda *Black Mirror*, que tiene seis temporadas y en todas trata el uso de la tecnología en la vida contemporánea. He escogido algunos episodios de la serie para comentar cada uno de los momentos del sistema penal e imaginar cómo sería un sistema penal en estos momentos de liquidez psicopolítica.

EL DELITO

«Shut Up and Dance» (tercer episodio de la tercera temporada) comienza en un parqueadero. Una mujer, visiblemente nerviosa, se baja y esconde las llaves en un neumático de un auto. Lo comunica a alguien por teléfono. Pero el protagonista es Keny, trabajador adolescente en un restaurante de comida rápida. Después del trabajo llega a casa. Lo primero que busca

es su computadora. No funciona bien; seguramente tiene un virus; baja un programa para limpiarlo. La cámara lo observa. Esa noche, él mira pornografía infantil y se masturba. Al regresar del baño, recibe un mensaje que dice que lo vieron y le muestran una grabación en la que aparece masturbándose. Le piden el número de teléfono, bajo amenaza de enviar el video a todos sus contactos. Les da su número y ahora le chatean. Está preocupado. Llega al trabajo. Recibe un mensaje. Le dicen que está activado, que tiene que ir a un lugar y que, si no llega, colgarán el video. Se dirige al lugar, un parqueadero abandonado. Comunica que llegó y le dicen que espere. Una moto se aproxima. Le entregan un paquete, le toman una foto y le dicen que debe hacer lo que ellos digan y que así lo dejarán en paz. Ahora le dicen que deje un pastel en el cuarto de un hotel. Keny llega al hotel y al entrar un adulto le quita el teléfono. Pregunta quién le envía los mensajes y por qué lo hace. «¿Son ellos?» «Ellos» —que nunca sabremos quiénes son— dan órdenes y son cumplidas. Ese adulto ha sido acusado de haberse acostado con una prostituta y le han dicho que tienen todos los mensajes y todos los videos. Si su esposa se entera, le quitarán todo, hasta sus hijos. Keny confiesa que se masturbaba con el video de una niña. A ambos les ordenan ir a un banco. Dentro del pastel hay un arma, unas gafas y una gorra. Les piden decidir quién conducirá y el adulto decide hacerlo. Al adolescente le toca robar el banco. Ambos imaginan que fotos y videos jamás desaparecen y que lo que quieren es dinero. Nervioso, Keny entra al banco y amenaza con disparar. Se orina pero pide el dinero. Le ponen el dinero en la mochila. Sale. Les piden llevar el dinero a un lugar. Cuando llegan les dicen que la última instrucción al adulto es llevarse el auto y destruirlo, y a Keny le piden llevar el dinero a otro lugar. Antes de separarse, el adulto pide disculpas al adolescente y le dice ser una persona normal. Se despiden. Keny camina hasta el lugar, en medio de un bosque. Le espera una persona que tiene una caja. Les ordenan pelearse hasta la muerte porque ambos miraron pornografía infantil. Entre tanto, el hombre adulto llega a su departamento, donde su hija duerme. A pesar de haber cumplido todas las órdenes, la información

se hace pública: la mujer que dejó una llave en un neumático de un auto parqueado aparece en primera plana de los periódicos por un escándalo sexual; el hombre adulto que llegó a su departamento es recibido por su esposa en lágrimas y sabe que se citó con una prostituta; Keny recibe una llamada de su madre y esta le reclama por mirar pornografía infantil...

En este capítulo encontramos fenómenos propios de la psicopolítica: el control social y el delito por medio de las redes. El control lo hacen personas que no tienen rostro y están en cualquier parte. En la serie nunca sabemos qué perfil físico tienen quienes extorsionan a las personas. Simplemente «textean» y ordenan. Se encuentra a quienes son considerados desviados en asuntos de sexualidad mediante el *big data*. Los aparatos electrónicos son tanto emisores como receptores. Cuando nos conectamos a la red no estamos solos. «El *smarthphone* —como dice Han— sustituye a la cámara de tortura. Comunicación y control coinciden totalmente. Cada uno es el panóptico de sí mismo» (2014, p. 61). La serie muestra cómo cada personaje padece ante el aparato electrónico.

El daño —que en la modernidad sólida está estrechamente relacionado con la afectación física, medible, cuantificable, como la lesión, el robo, la muerte— pasa a ser emocional y moral. Nadie sufre afectación física (no entramos en el debate del tráfico de niños). Estamos ante escándalos sexuales, que es el acontecimiento que, en el siglo XXI, faculta a obviar garantías penales y cohesiona moral y mediáticamente a la gente. También es útil para evitar que podamos pensar e identificar los profundos problemas de inequidad y violencia que producen empresas transnacionales aliadas con el poder político, y para fortalecer el poder punitivo represor de los Estados. Los escándalos privados, como los relacionados con la sexualidad, ocupan el centro del debate político, «lo que aparentemente se consigue con ese traslado a la escena pública es expulsar de la agenda pública todos los problemas ‘no privados’. Ahora lo que se percibe como ‘temas públicos’ son los problemas privados» (Bauman, 2015, p. 76). No es casual que se haga público, al difundir por las redes fotos y videos de los protagonistas,

la vida sexual privada de cada persona. Algo así sucede con los debates sobre la amante del expresidente de Francia François Hollande o la irrelevante relación de Donald Trump con una prostituta mientras estaba casado con su actual esposa, o el sexo oral que tuvo Bill Clinton con una pasante de la Casa Blanca. Así llegamos al escándalo que ha movilizado a tanta gente alrededor del caso «La Manada» en España.

El delito se comete mediante el aparato tecnológico. El aparato que da tantas satisfacciones leves e inmediatas, también provoca las mayores angustias y frustraciones. El delincuente está atrás de una computadora o un teléfono, y la víctima también. No hay por qué temer salir a la calle y enfrentar el asalto a mano armada o el abuso sexual. Basta encender la computadora. Ahí están el robo, el acoso, la inseguridad, el atentado a la privacidad. Más peligroso que estar en la calle de una metrópoli puede ser pulsar un botón y exponerse ante una pantalla. El delito se comete por medios digitales, se enfoca en la esfera privada y su persecución está dirigida a provocar angustia y soledad.

EL PROCESO

«White Christmas» (episodio cuarto de la segunda temporada) transcurre en un invierno navideño del norte global. Un hombre, en un cuarto estrecho, se despierta. Se mira al espejo y mira la foto de una chica. Sale de su cuarto y encuentra a un hombre, Matthew, que cocina papas. El lugar parece un refugio de montaña. Matthew se queja de que hay silencio y dice que necesita hablar. Tiene una botella de licor en la mesa. Quiere hablar y averiguar por qué está ahí, saber qué salió mal. El otro hombre no responde. El lugar no es una cárcel pero es un trabajo que, según dice Matthew, a veces son lo mismo. Matthew decide contar lo que hacía. Daba instrucciones a personas a través de un programa, por el que podía ver aquello que la persona vivía y se comunicaba por un micrófono invisible. Lo importante, dice, es escuchar, dar total atención; y le cuenta la historia de un sujeto llamado Harry y su último trabajo.

Harry se viste para ir a un lugar especial mientras escucha instrucciones —de Matthew— sobre el vestido y sobre lo que tiene que decir. Matthew mira a través de los ojos de Harry mediante un artefacto conectado a internet y le dice cuándo parar, qué pedir, qué decir. Harry llega a una fiesta y Matthew le pide dirigirse donde una mujer que es atractiva para Harry. Matthew capta los rostros, averigua en internet quiénes son e interviene luego en el diálogo de Harry con datos precisos de sus vidas. Mientras da instrucciones, en red están conectadas ocho otras personas que ven lo mismo y han pagado para participar. A Harry le gusta una mujer y le ordenan seguirla. Se acerca a ella; la encuentra sola. Conversan. Matthew corrige a Harry cuando este incurre en una espontaneidad. Le ordena que vayan a un lugar a solas. El instructor, con la curiosidad y la asistencia de ocho personas en red que ordenan y se divierten seduciendo. Involuntariamente, Harry derrama una copa de vino sobre ella, que va entonces al baño. Harry dice —comunicándose con Matthew— no sentirse cómodo y reconoce que hace trampa a la mujer. Ella sale del baño y lo invita a su casa. Las personas en red aplauden. En el departamento, van directo a la cama; al oído, le dicen a Harry que no pueden esperar, que siga, que tengan sexo. La mujer le hace tomar un líquido. Ella menciona que está cansada. Él está drogado y le comenta que está como en un club y que se ayudan. Habla, sangra y dice que «ya no más». La mujer quiere obligarlo a tomar y afirma que solo así serán libres. Harry toma y muere. El instructor y la red de voyeristas se desconectaron y borraron todos los archivos.

La cámara vuelve al refugio. Los hombres cenan. «Feliz Navidad», dice Matthew después de acabar su historia. Brindan por la Navidad. Sigue incentivando a hablar al hombre del refugio. Le dice que hablar lo hace sentir cómodo. Matthew cuenta otro trabajo de los que tuvo.

Una mujer, en un cuarto completamente blanco, revisa su teléfono. Le dan de comer antes de la operación. Duerme. Ya no sabe dónde está, porque no puede ver, y se desespera. Se mira desde afuera y ve que la pusieron en una especie de huevo. Aparece Matthew. Se saludan.

Él se presenta como una persona de Smart Intelligence. Dialogan. Le explica que la figura que ve es una copia de ella, pero sin cuerpo. «Eres un código, un cerebro de código instalado en un dispositivo». Él revela que hicieron eso por un servicio contratado. Ella pide regresar a su cuerpo y le ofrecen darle un cuerpo simulado. Aparece, pero pequeña. Mira alrededor. Hay una sala de control desde el que puede controlar la temperatura, la comida y más para la «verdadera tú», que está pagando por ese servicio y ahora duerme. Quiere salir, no quiere estar. Grita. Lloro. La silencian con un botón (*mute*) y le ordenan obedecer. Se rebela. La programan tres semanas que pasan en segundos. Ella pide que se repita. «El truco consistía en quebrantarlos sin enloquecerlos», recuerda Matthew. Ella se ha vuelto dócil: «Haré lo que sea. Dame algo que hacer». Llega su cuerpo y le dicen que está configurado y trabajado. La copia hace todo el trabajo para hacerle vivible al cuerpo. Le pone música, le hace el café, le pone las tostadas en su punto, le hace la agenda. Todo lo programa.

«Eso es esclavitud», protesta el hombre. Pero Matthew le replica que no era real y que por eso no era barbarie. Le pide que le cuente su historia, que tal vez él tiene cosas que ha hecho de las que no está orgulloso. Insiste en que hable, que solo están los dos. Al cabo, el interpelado cuenta su historia.

El hombre del refugio cuenta que se casó con Bethany y «Éramos muy buenos juntos», pero «jamás le gustó a su padre...». Nada es perfecto, pero eran felices. Tienen una pareja de amigos —él de apariencia asiática— con quienes salen y cenan. Después de la cena, ella dice que está cansada y sin humor. Él limpia la casa y descubre que su pareja, Bethany, está embarazada. Él se pone feliz. Bethany dice no poder tenerlo porque no es tiempo para el embarazo. Discuten. Él se altera y ella lo bloquea. La ve como una sombra, una silueta. El hombre le pide que lo desbloquee, pero ella no lo hace y se va. Luego el hombre, a lo lejos, ve a Bethany cada Navidad entrar en la casa de campo de su padre. Supo que tuvo una hija, a quien también veía como una silueta.

Si él rompía el bloqueo, sería arrestado. Pidió conocer a la hija. No le fue permitido. Un día se enteró de que murió quien fue su pareja y se desactivó el bloqueo. La siguiente Navidad fue a casa del papá de Bethany. Ahí estaba su hija. Cuando va a saludarla, ve que el rostro de la niña es asiático, como el de su mejor amigo. Discute entonces con el padre de Bethany y en una confusa escena lo mata. La niña queda sola, ve el cadáver de su abuelo, sale para pedir ayuda y aparece muerta en el camino. Así concluye su relato del crimen cometido.

Matthew sale del refugio y aparece en un juzgado. Tanto él como su acompañante en el refugio han confesado sus delitos. Matthew pide una recompensa por la confesión que logró de su interlocutor. Le dan la libertad pero no lo sacan del registro de perversos sexuales, por ofrecer servicios ilícitos y ocultar información de un asesinato. La sanción fue el bloqueo de todo el mundo: Matthew solo puede mirar las siluetas de la gente. Sale a la calle en la noche de Navidad. Todos son sombras. Mientras tanto, en el refugio, el otro personaje es sancionado a padecer mil años por minuto.

En esta compleja historia los matices pueden ser varios. Quiero destacar aspectos procesales penales: las medidas cautelares, la investigación, la carga de la prueba y el valor de la delación.

La medida cautelar es el bloqueo. En la modernidad sólida, las medidas cautelares afectan al cuerpo y la propiedad; van desde restricciones al movimiento, el encierro, hasta la limitación de la propiedad. En la modernidad líquida, la medida está en la psiquis. Un dispositivo electrónico impide que una persona pueda identificar con sus sentidos a quien está sujeto a medidas de protección. El cuerpo tiene libertad de movimiento pero la mente no puede identificar a la persona presuntamente agredida. En la serie, el bloqueo tiene dos momentos. Uno es inmediato y opera por la pura voluntad de quien se protege; en un segundo momento interviene el Estado y da fuerza legal al bloqueo. Romper el bloqueo en el segundo momento significa agravar la medida cautelar, que puede que, como ocurre al final, se extienda hacia otras personas.

Otra medida cautelar y disuasiva, terriblemente cruel, tiene que ver con el uso del tiempo. Si el comportamiento del sujeto no es el esperado, su mente es programada para que pase decenas, centenas o miles de año en el tiempo medido por el reloj. En ese tiempo no se hace nada, lo que es enloquecedor.

La investigación tiene que ver estrictamente con conseguir la prueba mediante la confesión. Los dispositivos son electrónicos. En la serie que comentamos, se trata de una empresa privada, Smart Intelligence, que tiene un programa mediante el cual se puede clonar el cerebro y separar la mente del cuerpo. La mente consta en un *chip* y este puede ser almacenado en un cuerpo o un espacio más pequeño. En la película, el refugio y el cuerpo de la mujer son recreados en una computadora. El cambio de escenario es un mecanismo utilizado para generar confianza y lograr la confesión. La confesión se obtiene voluntariamente —no mediante tortura como en la modernidad sólida—. Inmediatamente lograda la confesión, el juicio termina. En el procedimiento penal contemporáneo, mediante los juicios abreviados, sumarios, directos o *plea bargaining*, la confesión es cada vez más la principal y única prueba. Ahora se obtiene la confesión bajo la amenaza de una pena carcelaria mayor; pronto se la obtendrá sobre la base de lo que uno manifieste en una red social o mediante estos dispositivos técnicos. En otras palabras, la carga de la prueba, como en los mejores días del sistema inquisitivo, volverá a estar en el procesado. La diferencia será que en el sistema inquisitivo de la modernidad sólida el mecanismo es la tortura del cuerpo, mientras que en la era psicopolítica se logrará a través de la presión en la mente, de modo que la confesión probatoria se produzca de forma voluntaria.

Otros mecanismos procesales, cada vez más legitimados en nuestros sistemas penales, son la delación y el agente encubierto, ambas técnicas propias del sistema inquisitivo, que se basaba en procedimientos secretos y fuera de cualquier control jurídico. Una de las características del proceso acusatorio y adversarial está en la publicidad de las pruebas.

Además, las reglas para introducir una prueba tienen que ser respetadas para garantizar el debido proceso, en particular la contradicción, el respeto de los derechos y la posibilidad de impugnar los actos contrarios a los derechos. Cualquier actividad fuera de los derechos y del control judicial es conocida como «derecho penal subterráneo». Muchas legislaciones, frente a la emergencia del terrorismo y otras amenazas semejantes, han permitido el uso de estas técnicas autoritarias. En la serie, Matthew tiene un doble rol. Primero es encubridor de un asesinato, debido a no haber denunciado. Segundo, a partir de su condición de responsable de un delito pasa a ser un agente encubierto que busca una confesión para obtener una disminución de su pena. Para conseguir la confesión, utiliza dispositivos tecnológicos dirigidos a la mente y a generar confianza. Lo logra.

En el sistema procesal penal actual estamos utilizando, para la investigación del delito, técnicas propias del siglo XVII y del positivismo científico, básicamente referidas al testimonio y la pericia. Sin duda, estos mecanismos están desfasados y suponen que la verdad se puede obtener a través de métodos empíricos. El proceso se convierte en una especie de laboratorio, en el que hay que construir la «verdad» sobre la base de procedimientos reglados. A principios del siglo XX la teoría de la relatividad y la física cuántica cuestionaron seriamente nuestra percepción y el positivismo entró en crisis de forma profunda. El principio de indeterminación y el de provisionalidad cuestionaron nuestra forma de ver el mundo y nos sembraron la duda. El sujeto que observa se involucra en el objeto observado. En lo judicial, el juez o fiscal, al producir la prueba en el proceso, la alteran. Lo que se trae a un proceso penal no es lo que sucedió históricamente sino aquello que los actores creen que pasó. No existen ya verdades inmodificables, sino representaciones. Si esto se traslada al proceso penal, entonces las pruebas deberían abrirse a otras formas de percepción del mundo, como aquellas que han sido desechadas por el positivismo, como el sueño en el mundo indígena o el mito.

En nuestro mundo psicopolítico, como se ha visto en la serie, el derecho en general debe evitar toda prueba en contra de los derechos y también debe favorecer todo mecanismo encaminado a excluir la intervención del sistema penal y a garantizar la inocencia. Pero la técnica, como casi en todo, rebasa al derecho, lo supera y lo burla.

LA PENA

En «White Bear» (segunda serie de la segunda temporada) una mujer se despierta. Le duele la cabeza. Tiene vendas en sus muñecas. En la pantalla de un televisor encendido ve una figura que no entiende (el signo). Se levanta y no se reconoce. Apaga el televisor, que tiene un sonido perturbador. Sale de la habitación y baja las gradas. No se acuerda de nada. En la chimenea ve una foto de una niña. Primer recuerdo: la niña le sonríe. Decide salir. En las ventanas de las casas hay muchas personas que la graban con sus teléfonos. Pide ayuda: «¿Saben quién soy? ¡No recuerdo quién soy!». Todos se esconden salvo una persona atrevida que se cruza y le toma una foto. Una persona —con una máscara idéntica a la figura de la pantalla que miró apenas se despertó— sale de un auto y las persigue con un arma. En ese momento las personas salen de las casas y la siguen con sus teléfonos. La protagonista se esconde en un supermercado. Está desesperada: «¿Por qué están viendo y no hacen nada?», pregunta a dos personas que están ahí. Esas dos personas y la protagonista tienen que salir porque la turba rompe los vidrios y entra al local. Logran forzar la puerta y salen. Escapan. Corren. De un auto salen dos personas disfrazadas. Una con un serrucho y otra con un arma. «Los mirones están en las ventanas vigilando. Ellas te ven y vienen los asustadores», dice una de las personas que acompañan a la protagonista. Los recuerdos vienen: una foto, aparece una niña y ella piensa que la niña es su hija. Hay que ir a «Oso blanco», afirma una de las personas que huyen. Ella se desespera y tira piedras a quienes la filman. Los disfrazados la persiguen. Un auto se detiene y les piden subir. Escapan. La mujer protagonista

dice conocer al chofer, pero no está segura y está confundida. Piden ir al sur. El chofer dice que no es posible y que los llevará a un lugar seguro: el bosque. En el bosque mira la foto de la que cree que es su hija. El chofer saca un arma y un pasamontañas con el signo. Les ordena caminar y les apunta. Llegan a un lugar donde hay varias personas crucificadas. La protagonista está desesperada. Otra vez aparecen personas con cámaras. Ella llora. Una llamada telefónica la distrae. La chica con la que escapaba huye. Una persona que aparece en el bosque amarra las manos a la protagonista y saca un taladro. Todo apunta a que la van a crucificar. La gente mira. Cuando está a punto de taladrarle la espalda, aparece la muchacha que había escapado y dispara al hombre. La mujer protagonista agradece y llora desesperada. La siguen filmando. Huyen. Aparecen los disfrazados con el cuchillo y el bate. «Oso blanco está cerca. Tenemos que desconectarla». Es de noche. Tienen que entrar al complejo transmisor. Vuelven las personas y toman fotos. Vuelven fragmentos de recuerdos. La mujer cree que en Oso blanco hay algo malo y que no hay que volver. Tiene recuerdos que no puede concatenar. Rompen la seguridad de la puerta de entrada. La niña vuelve una y otra vez como recuerdo. Entran al edificio. La chica tira gasolina y cuando va a prender fuego, aparecen los disfrazados. La mujer toma un arma y dispara. Sale confeti. Se abren unas puertas y se encuentra en un gran teatro. La gente aplaude. La sientan y amarran a una silla. Todas las personas, como en una obra de teatro, hacen la venia y son aplaudidas efusivamente. «Es hora de decirte quién eres». Le muestran fotos. De ella y de su prometido. «Por si no sabes, ustedes no son populares. Eres famosa». El veredicto fue culpable. Secuestró a una niña de seis años y después de varios meses apareció un oso blanco. En el bosque donde se encontró el oso, hallaron el cadáver de la niña. Ella grabó los últimos momentos de la muerte. El prometido tenía un tatuaje con el signo. Presenció la muerte de la niña y no hizo nada. Él se suicidó y ella cumple condena. Lloro. La gente le grita «Asesina» y le toman fotos. Ordenan sacarla. Lloro y suplica. Los administradores del centro agradecen la presencia

de la gente y «que siga el espectáculo». «Púdrete». «Fuera». La exhiben públicamente mientras la gente grita y la abuchea. Está en un auto con vidrios. Le tiran tomates. Lloro. La sacan y llevan a la casa de donde salió. Pide por favor que la maten. La conectan a un aparato y le dicen que en 30 minutos tendrá el efecto. Mientras le borran la memoria, mira lo que grabó, que son las imágenes que aparecerán al día siguiente. La mujer siente un dolor intenso con los cables en su cabeza. Pide ayuda. Mientras tanto, todo se ubica en su lugar. El hombre marca el calendario. Suman 18 las veces que han hecho lo mismo.

El parque recreativo de justicia se llama «Oso blanco». La genta paga entrada y recibe instrucciones. Se dice que el papel de todos es importante, pero la regla uno es que el público no debe hablar, que la condenada cree que las personas están hipnotizadas. La regla dos, explican, es mantener distancia. La mujer es peligrosa. Puede atacar y se puede perder el día y la entrada, si hay incidentes. La regla más importante es «disfrutar». «Salgan, disfruten y que comience el espectáculo». La gente ríe. La mujer despierta. Se mira en el espejo. Sale. Todos cumplen sus roles. El carro, el supermercado, las rutas, las persecuciones, las crucifixiones, el teatro, la exhibición. Todos actúan. Todos se divierten. Una mujer cumple su condena.

«... HAY MUCHAS **RAZONES** PARA
 PENSAR QUE LA **CÁRCEL** CON
 EL **TIEMPO** DESAPARECERÁ O
DEJARÁ DE SER TAN UTILIZADA.
 ¿SI ALGÚN DÍA **DESAPARECE**,
 LA PENA **TENDRÁ** UNA FORMA
 SEMEJANTE A LA QUE NOS **PINTAN**
 EN ***BLACK MIRROR?***».

En la modernidad sólida la pena por excelencia es la cárcel y, como quedó dicho, el control del cuerpo. La cárcel tiene aún una aceptación considerable. Dos explicaciones prevalecen acerca de la cárcel. Una viene de David Garland, que considera que esta tiene una utilidad meramente segregacionista y que da réditos políticos. La cárcel ha fracasado en cuanto a cumplir los fines constitucionales pero este fracaso ha sido útil al poder político (2007, p. 192). Por tanto, cuando la sensibilidad cultural deje de dar votos con el punitivismo, entonces seguramente la cárcel desaparecerá. La otra explicación viene de Loïc Wacquant (2010), que considera que la cárcel es un instrumento útil para el capitalismo neoliberal porque ayuda a controlar a los pobres y porque es un gran negocio privado. Lo que quiere decir que cuando deje ser un negocio y se encuentren otras formas de controlar la pobreza, entonces la cárcel perderá protagonismo.

Además, hay muchas razones para pensar que la cárcel con el tiempo desaparecerá o dejará de ser tan utilizada. La principal es que es extremadamente cara, requiere un espacio que acaba «contaminando» social y ecológicamente lo que rodea, necesita de guardias, multiplica una violencia que en una democracia podría ser intolerable y criminológicamente se ha demostrado que no disminuye los índices delincuenciales. Hay países que han logrado un mejor control de la violencia al reducir las cárceles, como sucede en Holanda y en los países escandinavos. ¿Si algún día desaparece la cárcel, la pena tendrá una forma semejante a la que nos pintan en *Black Mirror*?

En la serie, se pueden apreciar algunas características propias de nuestra modernidad tardía. La pena es útil pero no para corregir o enmendar el daño cometido por la persona que delinque. La pena es útil porque es rentable. La pena genera utilidad y espectáculo. Por un lado, un parque de diversiones convoca a la gente; por otro, además de divertir, se castiga ejemplarmente a la persona desviada. La sociedad participa en la ejecución de la pena. La venganza se efectiviza cada vez y por cada persona que visita el parque. En cada función, además,

se recuerda el hecho que no debe ser repetido. En este sentido, la idea de Durkheim, de que el delito genera frente a él solidaridad y fortalece la cohesión social, se cumple a cabalidad. Existe pues, una prevención general que es negativa. En cuanto al espectáculo, en la serie las personas toman fotos y multiplican el odio y la venganza; el teatro simboliza ese juicio público que seguramente reitera aquello que los medios deben haber publicitado en su momento. Esto es lo que Zaffaroni llama la «criminología mediática» (2011, p. 235).

En la criminología mediática, el delito, el proceso y la pena son un show. Los medios de comunicación, que incluyen tanto la televisión como las redes sociales e internet, son también víctimas, jueces y ejecutores de la pena. Se requiere siempre un chivo expiatorio. En la serie, como en la vida, seguramente la persona no es la única —ni tampoco la peor— delincuente. Simplemente es útil para satisfacer la frustración colectiva y también —no hay que olvidarlo— para desviar la atención de una sociedad y un sistema inequitativo hacia una persona individual. La violencia se banaliza. El poder punitivo no tiene límites, excluye, anula a los victimarios; y es irracional porque el poder decide con base en incoherencias: la lógica del espectáculo y el pensamiento mágico (Zaffaroni, 2011, p. 238). Si bien se recuerda la violencia del delito, se oculta la violencia de la pena. El poder punitivo, y la pena en particular, dinamizan el mercado. Seguramente la pena terminará cuando el público deje de visitar su lugar, tal como pasa con un parque temático o con un show de Broadway. En este sentido ¿se puede justificar la pena que se multiplica en cada show con el dolor y sufrimiento de la persona sancionada? ¿Tiene sentido hablar de proporcionalidad de la pena? ¿Tienen las personas condenadas derechos y estos pueden limitar el poder sancionar? Las respuestas, desde la dignidad de cada persona y todavía desde la lógica de los derechos humanos, es positiva y tiene sentido. Puede que algún día el sueño abolicionista se haga realidad, pero esto no necesariamente significa que será para mejorar la vida, optimizar la libertad y enriquecer la democracia.

EL CONTROL SOCIAL

En «Nosedive» (primer episodio de la tercera temporada) una mujer, Lacie Pound, corre en la calle con su teléfono, como lo hacen otras personas. Se detiene y califica a unos transeúntes, pone estrellas, de una a cinco. Cinco cuando el comportamiento es extraordinario y uno cuando es detestable. En la calle todos están en sus teléfonos. Al vendedor de un helado, que tiene 3.7 estrellas, Lacie le pone 5. A ella, como reciprocidad, le pone también cinco estrellas. Envía fotos, sube su puntaje. En el ascensor, en las oficinas, en las tiendas todos sonrían. Tiene 4.2. Los individuos compiten. Las empresas miran la trayectoria de la gente. Quienes quieren subir puntos son adulones. Un mesero que tiene 3.1 le ofrece un batido. No vale la pena considerarlo siquiera. Ella quiere alquilar un departamento exclusivo, pero requiere al menos 4.5 estrellas. Su amiga de infancia Naomi tiene 4.8 y al parecer tiene una vida perfecta y feliz. Lacie contrata un consejero de empresa para subir estrellas —tal como ahora los académicos contratan personas para publicar en revistas indexadas—. Con 2.4 estrellas no se puede entrar a ningún lado. No hay que forzar las cosas. La clave son gestos auténticos. O sea, hay que actuar bien, recomienda el consejero.

Un buen día Naomi llama a Lacie para anunciar su boda. La invita y le propone ser su dama de honor. «¿Estás segura? Tienes un montón de gente influyente», reacciona Lacie. Todos los invitados son 4.7 o más. «Quiero que estés a mi lado», contesta Naomi. «No te voy a fallar», promete la invitada. Su consejero asegura que con este evento bastará para subir a 4.5 y obtener el préstamo para alquilar el departamento. Tiene que hacer un buen papel. Recordar la infancia, dar un buen discurso, llorar, conmover.

La travesía de su casa hasta el lugar de la boda es también un camino de estrellas. Ese día, Lacie se cruza con una persona, la choca y le baja puntos. Tiene que tomar un avión para llegar. Al llegar al aeropuerto, el taxista le puso 3 estrellas. Está en 4.1. En el aeropuerto, le anuncian

que el vuelo está lleno. Solo podría acceder a un asiento si fuera cliente preferencial, que requiere 4.2. Pide hablar con el supervisor. Se pone neurótica, insulta. Las personas en la fila le bajan los puntos. Le quitan un punto como sanción. Tiene ahora 3.1. Sale del aeropuerto y para llegar a la boda se dirige a alquilar un auto. Por el puntaje, no puede acceder a un auto nuevo. Le dan un auto viejo, pasado de moda. La batería del auto está descargada. En una estación de cargador de energía, el auto está tan viejo que no existe adaptador para el modelo. Las calificaciones siguen bajando porque tiene «encuentros irrelevantes». A nadie le importa que tenga que llegar a una boda o que tenga un auto alquilado. Camina. Pide «jalones». Tiene ya 2.8 y nadie quiere recogerla. Sin hacer mucho, le siguen bajando puntos.

Un camión se detiene. Susan, de 1.4 estrellas, se ofrece a llevarla. «Sube. Yo no muerdo», le dice. Conversan. La camionera cuenta que ella era 4.6, vivía para eso y se esforzaba. Su esposo tuvo cáncer. Repartía estrellas para cada doctor, cada enfermera. El cáncer siguió creciendo. Su marido no pudo acceder a un tratamiento médico porque era un 4.3 y le dieron su cama a un 4.4. Antes de morir dijo: «Basta. Irritar a esos pelotudos fue como quitarse un zapato apretado». Faltando una hora para llegar a la boda, la novia le pide a Lacie que no llegue, porque no puede estar con una 2.6. Ese puntaje es inaceptable, perjudicial para todas las personas. Lacie, a pesar de todo, quiere llegar a la boda y dar su discurso. «No te atrevas», la amenaza la novia. En la carretera, Lacie insulta a todos y sigue bajando puntos.

Lacie llega finalmente a la boda y entra a hurtadillas porque al lugar no se puede entrar con menos de 3.8. Los invitados están impecables. Lacie está hecha un desastre: sucia, despeinada, de mala noche. Entra y llama la atención. Al momento tiene 1.1 y es la vergüenza. Toma el micrófono: «He admirado a Naomi toda mi vida... Estamos tan metidos en nuestra propia mierda que no hay que olvidar la felicidad del puto Paul y Naomi... Es un honor para mí estar aquí para ver esta mierda...». Los guardias de seguridad la sacan de la fiesta y termina

en la estación de policía. Es fichada y sus ojos, registrados. Lloro. Al frente tiene a un preso afrodescendiente. Simula calificarlo y él dice: «Me importa un carajo tu mundo». Se insultan. Se gritan: «¡Fuck you!».

En esta serie se ve de cuerpo entero el nuevo control social. Del control de un policía o de los monitores de alguna oficina del Estado, se ha pasado al autocontrol y al control social. Quedó atrás el control que estaba encargado a las instituciones visibles, con jerarquías pesadas, como la Iglesia, la escuela, la familia, y se pasó al control de las redes sociales. En sociedad, «los residentes del panóptico digital se comunican intensamente y se desnudan por su propia voluntad. Participan de forma activa en la construcción del panóptico digital. La sociedad del control digital hace un uso intensivo de la libertad» (Han, 2014, p. 21). Efectivamente, en la serie se aprecia el rol absolutamente secundario de la policía y la familia, y desaparece el de la escuela o la Iglesia. El rol protagónico lo tiene el individuo, solo y aislado. Las personas se autocontrolan y se autorrestringen. Se exigen a sí mismas todo el tiempo y fingen felicidad.

Byung-Chul Han tiene una metáfora interesante para reflejar estas circunstancias del control social. Para él, las personas tenemos casi una relación religiosa con la tecnología, en la que el Facebook es como una iglesia, nuestra página es como un confesionario y el «me gusta» o *like* es como un amén. Todo sirve «para examinarse y controlarse a sí mismo. La dominación aumenta su eficacia al delegar a cada uno la vigilancia. Cuanto mayor poder, más silenciosamente actúa. El botón de *me gusta* es su signo. Uno se somete al entramado de poder consumiendo y comunicándose» (2014, p. 27). Como en un ejercicio religioso, pensar, reflexionar, contextualizar, no tiene mucha importancia. Hay que actuar y la fe basta. Estamos en una organización de la vida basada en la emoción.

Han utiliza, además, dos metáforas para explicar mejor el fenómeno. En la modernidad sólida el símbolo es el topo; en la líquida, la serpiente. El topo se mueve en un sistema cerrado y rígido, que no soporta la apertura. La serpiente, en cambio, «delimita el espacio a partir de su movimiento. El régimen neoliberal se comporta como 'alma'.

Instituye entre los individuos una rivalidad interminable. La motivación, el proyecto, la competencia y la iniciativa son inherentes a la técnica de dominación psicopolítica del régimen neoliberal» (2014, p. 32). Efectivamente, los personajes en la serie nunca están encerrados, se mueven libremente en las redes sociales, como la serpiente. El control social, por otro lado, se realiza en todos los espacios: la calle, el encuentro cotidiano, los trámites, el trabajo, el gimnasio, la boda, por donde vaya el cuerpo, como el de la serpiente.

Otro aspecto importante del control social en la modernidad líquida es lo emotivo. No se piensa, no se razona, no se reflexiona. La vida se acelera con las emociones que provoca el «me gusta» y el incrementar las estrellas. La emoción incrementa la productividad y el rendimiento. La emoción es subjetiva, situacional y volátil, cambia con las circunstancias; de una sonrisa fingida, como se ve en la serie, se pasa a la ira cuando le bajan las calificaciones. La sonrisa instantánea dura el tiempo necesario para tomar un *selfie* y enviar la foto a las redes sociales. A este fenómeno Han lo llama «la dictadura de la emoción. Hoy no consumimos cosas, sino emociones. Las cosas no se pueden consumir infinitamente, las emociones, en cambio, sí» (2014, p. 72). Tener más de cuatro estrellas en la serie produce felicidad. Bajar a 3 o 2 estrellas produce frustración. ¿No nos pasa lo mismo cuando ponemos algo en nuestras redes sociales y no tiene retuits o colgamos algo en el Facebook y no recibe «me gusta»? No es casual que en las redes haya cada vez más símbolos de complacencia que de rechazo. Tenemos que estar optimistas y rindiendo. Lacie hace gimnasia, repasa sus caras en el espejo, se viste y arregla, pide comida con su mejor sonrisa... para vivir emocionalmente satisfecha. En la serie parece una exageración esa vida dedicada a conseguir estrellas, pero ¿no hacen algo parecido los youtuberos, los blogueros, los tuiteros y más personas adictas a las redes sociales? Cuando una persona logra, a fuerza de mucha autodisciplina, tener millones de seguidores, ¿no tiene acaso publicidad, auspiciadores, empresas que financian? El *big data*, al igual que en la serie, ya clasifica a las personas por el número de seguidores y

eso les permite acceso preferencial a algunos servicios; de igual modo clasifica a las personas *trash*, que son las que no valen nada porque no tienen capacidad de consumo e invertir publicidad en ellas no tiene sentido.

En suma, todas y cada una de las personas somos controladores sociales y al mismo tiempo controlados. Y somos despiadados en la tarea. No estamos, pues, tan lejos de lo que *Black Mirror* nos pinta como una aparente exageración.

LA TRANSMODERNIDAD BARROCA

En uno de sus últimos libros, *Filosofías del sur. Descolonización y transmodernidad* (2015) nuestro gran filósofo latinoamericano Enrique Dussel dedica dos capítulos a plantear posibilidades de liberación dentro de nuestra modernidad hegemónica. Una idea es la de la transmodernidad. En la transmodernidad se admite que hay varias modernidades simultáneas, en las que hay un «más allá de» y también un «antes de» la modernidad europeo-norteamericana. Esas modernidades diferentes pueden dialogar de periferia a periferia «sin necesidad de atravesar el ‘centro’ de hegemonía... del movimiento feminista a las luchas antirracistas y anticolonialistas» (Dussel, 2015, p. 284). Para lograrlo se comienza por la afirmación. Afirmarse implica el orgullo de *ser*, la conciencia de ser «el otro» oprimido o que sufre, el que está en el *sur*. No es una pura afirmación ingenua y apologista, a condición de no caer en el fundamentalismo, en el liberalismo europeo o en la izquierda marxista. En segundo lugar, hay que realizar una crítica desde los supuestos de la propia cultura, lo que implica aprender de otras culturas, rescatar de la propia cultura lo que libere y desechar lo que oprima: «si todo lo que en ellos dicen lo encontramos razonable, lo aceptamos, y si algo hubiere irrazonable, nos sirva de precaución y advertencia» (2015, p. 289). Hay que resistir, en tercer lugar, y para ello hay que retornar a los textos, símbolos y mitos constitutivos de cada cultura. En cuarto lugar, hay que hacer un permanente diálogo

intercultural Sur-Sur, «fecundarse mutuamente de la periferia y de los espacios de frontera; al poder organizar redes de discusión de sus problemas específicos, el proceso de autoafirmación se transforma en un arma de liberación» (2015, p. 193). Finalmente, caminar en esos universos pluriversos hacia una utopía liberadora.

La otra idea es de Bolívar Echeverría, el *ethos barroco*, que Dussel rescata del filósofo ecuatoriano. La idea del barroco es que, en la modernidad hegemónica, como en el arte barroco, los espacios que no están sujetos al control hegemónico son llenados de elementos utópicos y de resistencia, «que pudieran ser parte de la alternativa de una modernidad no capitalista» (2015, p. 299). En palabras de Echeverría, esos elementos implican «alcanzar esta conversión de lo inaceptable en aceptable y asegurar así la ‘armonía’ indispensable para la existencia cotidiana moderna, esta es la tarea que le corresponde al *ethos* histórico de la modernidad» (2011, p. 168).

Lo central en las dos aproximaciones —la de la transmodernidad y del barroco— es que hay alternativas tanto en las modernidades no capitalistas como en la modernidad misma hegemónica. El punto está en saber apreciarlas y en multiplicarlas. Las modernidades simultáneas existen cuando hay nacionalidades y culturas diversas en un mismo espacio geográfico, como sucede en varios países de América Latina que tienen poblaciones indígenas. La modernidad barroca existe cuando en las culturas hegemónicas los espacios no mediados por lo hegemónico existen, como cuando en lo urbano existen manifestaciones de solidaridad o prácticas de vida diversas (movimientos animalista, ecofeminista, vegano y más).

Volviendo a la tecnología digital y las redes sociales, la idea sería que el uso hegemónico se dirige a realizar control psicopolítico y explotar al individuo para que sea una persona dócil, productora y consumidora sin límite. Para Dussel ese uso sería una de las posibilidades de una de las modernidades. Efectivamente, los usos pueden ser diversos y de hecho históricamente así se ha demostrado. Las convocatorias

a grandes manifestaciones, del tipo «primavera árabe», «indignados», «*Occupy Wall Street*», todas se han hecho vía redes sociales y dispositivos «líquidos». De igual modo, uno puede encontrar programas del tipo Wikipedia y WikiLeaks que son ejemplos de redes contrahegemónicas que pretenden hacer uso de forma no comercial de las redes. En cuanto a lo barroco, la idea es encontrar elementos liberadores en medio de las mismas redes sociales usadas para un consumo masivo e ilimitado. Difundir por redes sociales noticias que generen conciencia o movilización sobre temas liberadores es un ejemplo.

En *Black Mirror* uno puede encontrar momentos de resistencia o posibilidades de afirmación. En «Shut Up and Dance» los personajes parecen estar atrapados en una red que los condiciona a obedecer bajo el chantaje de la publicidad de su vida privada sexual. En varios momentos los personajes actúan de forma no prevista y dudan. Keny, por ejemplo, tapa la cámara, piensa en no mandar su contacto de WhatsApp. En algún momento, los dos personajes piensan en desobedecer las órdenes. Todos los personajes, por último, quieren cumplir para poner fin al ser controlados.

En «White Christmas» el personaje que confiesa su delito está en un constante acto de resistencia. Sabe o intuye que exponerse puede ser peligroso. Calla. Está resistiendo. El sistema hegemónico de control utiliza todas las formas para conseguir su propósito. Pero la persona calla. Contemplar, callar, desconectarse es una forma de resistir.

En «White Bear» la resistencia más importante es que la mujer sancionada a repetir su delito en un parque de diversiones, a pesar de que le «resetean» su cerebro, comienza a recordar. La memoria será su fuente de resistencia. Cada vez ella recuerda más. Se acuerda de la cara de la persona que maneja el auto, le dice que la conoce o que la ha visto antes; cuando mira las fotos y cree que es su hija, sabe que es una cara conocida. Si en algún momento recuerda lo que pasó, sin duda dejará de seguir el libreto de las personas del parque. La memoria, la afirmación de Dussel, será la forma de liberarse.

En «Nosedive», Lacie, cuando pierde puntos y está cerca de 2, totalmente despreciable para la mayoría, es acogida por una persona, la camionera, que tiene 1 punto. No muerde. No agrede. Es solidaria. En el momento que se sube al camión está en ese espacio que Dussel llama el «margen». Encuentra seres humanos que se cansaron de estar fingiendo y que viven una vida ajena a las calificaciones, más humana, más relajada, más solidaria.

Si uno mira alrededor, seguramente destacan los miles de personas conectadas a toda hora en las redes y también miles de personas que caminan por las calles mirando una pantalla. Esa es la modernidad hegemónica. Pero, al mismo tiempo, si uno mira con atención, también podrá apreciar miles de personas desconectadas, que no tienen red social, que apagan su teléfono, que no atienden cada mensaje que entra, que priorizan a los seres humanos antes que a los aparatos. Estos están, a su manera, en una modernidad barroca y, si dialogan entre varias culturas o grupos que resisten, en una transmodernidad.

Con todos estos elementos, podemos afirmar que la tecnología digital podría tener un impacto positivo para el sistema penal. *Black Mirror* nos anticipa los peligros de una sociedad atrapada y de un control permanente, complejo y completo. Pero en el mismo sistema, desde una lógica barroca hay otras posibilidades. El sueño abolicionista es posible con las redes y la tecnología, pero puede ser tan cruel como liberador. Para distinguir lo uno de lo otro, hay que estar permanentemente atentos para evitar las seducciones y las aparentes ventajas que vende el sistema hegemónico. Los riesgos pueden disminuir pero también pueden multiplicarse. Por los resultados se conocen los usos de la tecnología. Si aumenta el control y disminuye la libertad, el uso es inadecuado. Si disminuye la violencia y se incrementa la libertad, entonces el uso es deseable. Para lograr estas distinciones, no queda más que dialogar con las comunidades que no están conectadas, que se desconectaron o que, conectados, tienen usos alternativos. La transmodernidad y la modernidad barroca ofrecen posibilidades.

El problema no es la tecnología. El problema son sus usos. Menos control, más y mejor libertad son posibles.

REFERENCIAS

- Bauman, Z. (2015). *Modernidad líquida*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Dussel, E. (2015). *Filosofías del sur. Descolonización y transmodernidad*. México D.F.: Akal.
- Echeverría, B. (2011). *Modernidad de lo barroco*. México D.F.: Ediciones Era.
- Garland, D. (2007). Perspectivas sociológicas sobre el castigo. En *Crimen y castigo en la modernidad tardía*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Han, B.C. (2014). *Psicopolítica*. Buenos Aires: Herder.
- Jameson, F. (2007). *Archaeologies of the Future. The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*. Londres: Verso.
- Wacquant, L. (2010). *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.
- Wong, J.C. & S. Siddiqui (2018). Mark Zuckerberg agrees to testify before Congress over data scandal. *The Guardian*, 27 de marzo. <https://www.theguardian.com/technology/2018/mar/27/mark-zuckerberg-testify-congress-cambridge-analytica-data-scandal>
- Zaffaroni, E.R. (2011). *La cuestión criminal*. Ilustraciones de M. Rep. Buenos Aires: Planeta.